

Joseph Roth

El Leviatán y otros relatos

Traducción de Manuel Cuesta



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Títulos originales: *April. Die Geschichte einer Liebe – Stationschef Fallmeyer – Die Büste des Kaisers – Der Leviathan. Erzählung*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Manuel Cuesta Aguirre, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-065-7
Depósito legal: M. 24.429-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Abril: La historia de un amor
- 41 El jefe de estación Fallmerayer
- 79 El busto del emperador: Relato
- 117 El Leviatán: Relato

Abril

La historia de un amor

La noche de abril en que llegué estaba cargada de nubes y preñada de lluvia. Las siluetas plateadas de la ciudad se alzaban, desde una niebla suelta, delicadas, atrevidas –casi cantando– contra el cielo. Fina y esbelta trepaba a las nubes una torrecilla gótica. La esfera amarillo yema del reloj del ayuntamiento colgaba como de una cuerda invisible en el aire. En torno a la estación olía –dulce y seco– a carbón, jazmín y prados que respiraban.

El único coche de punto de la ciudad esperaba, indiferente y polvoriento, ante la estación. La ciudad debía de ser pequeña. Contaba, sin duda, con una iglesia, un ayuntamiento, una fuente, un alcalde, un coche de punto. El caballo era marrón, de cascos anchos. Llevaba manguitos rojizos de pelo sobre las pezuñas y no tenía anteojeras. Sus ojos miraban con pas-

mo –grandes y benévolos– hacia la plaza. Si relinchaba, inclinaba la cabeza a un lado como una persona que se apresta a estornudar.

Subí al coche de punto y fui dejando atrás, en la carretera, todas las fluctuantes sombrereras y oscilantes maletas con las personas que llevaban colgadas. Oía lo que la gente iba diciéndose y sentía la pobreza de sus destinos, la pequeñez de su vivencia, lo estrecho y sin peso de su dolor. Sobre los campos, a ambos lados de la vía, se derramaba niebla cual plomo fundido y semejaba mar e inmensidad. Por eso eran tan nimios y ridículos las sombrereras, las personas, las conversaciones, los coches de punto. Yo creía realmente en el mar a ambos lados y me asombraba de su quietud. Igual se ha muerto, pensé. La chimenea de una fábrica, que de repente surgió junto a un cúmulo blanco de casas –desasosegaba a pesar de su esbeltez–, parecía un faro apagado.

Al borde del camino habían sido acomodadas personas aleatorias: avanzadillas de la ciudad. Eran confiadas y francas. Yo podía ver lo que ocurría en ellas. Una madre lavaba a su hijo en una cubeta. El recipiente llevaba un lustroso y cruel cinturón metálico y el niño gritaba. Un hombre estaba sentado en su cama y dejaba que un chico le sacara una bota. El chico tenía un rostro rojo, tenso e hinchado, y la bota estaba sucia. Una señora mayor rondaba con una escoba por el zaguán de la vivienda y yo intuía su siguiente labor. Ahora iba a recoger el mantel azul y rojo, a dirigirse hacia la ventana o hacia la puerta y a verter los restos

de comida en el pequeño jardín. Yo sentía compasión por el niño de la cubeta, por el chico que sacaba la bota, por los restos de comida. Las señoras mayores que recogen de noche deben de ser malas. Mi abuela, que parecía un perro, andaba siempre de noche con la escoba por el zaguán. Yo era muy pequeño, odiaba a la abuela y a la escoba y amaba los recortes de papel, las colillas de puros y los despojos de cualquier clase. Rescataba de la escoba de la abuela todo lo que había en el suelo y me lo metía en los bolsillos. Amaba especialmente las briznas de paja. De todas las cosas, eran las más vivas. A veces, cuando llovía, miraba por la ventana. En las olas de uno de los incontables riachuelos de lluvia nadaba, se contoneaba, daba vueltas coqueta y despreocupada una briznita de paja, sin intuir nada de la boca de alcantarilla a la que estaba siendo arrastrada, en la que había de desaparecer. Yo corría hacia la calle. La lluvia era pesada y rabiosa, me azotaba. Pero yo iba a rescatar a la brizna de paja y la alcanzaba justo antes del sumidero.

Vi a mucha gente de noche. Quizás las personas se fueran a dormir muy tarde en esta ciudad. ¿O era el mes de abril y la expectativa que había en el aire de que todo lo vivo debía mantenerse despierto? Todos los que se me ofrecían tenían algún tipo de significado. Llevaban destinos. Eran, ellos mismos, destinos. Eran felices o infelices. En modo alguno indiferentes y aleatorios. O estaban, por lo menos, borrachos. En las pequeñas ciudades no hay, por la noche, personas aleatorias en la calle. Solo enamorados o chicas calle-

jas o serenos o dementes o poetas. Los aleatorios e indiferentes están seguros en casa.

En mitad de la plaza del mercado se hallaba, como si vigilase, el fundador de la ciudad: un obispo de piedra. Se lo ve muy en el medio y muy importante. Yo creo que la gente lo tenía por muerto y finiquitado. Pasaban junto a él y no saludaban. No habrían tenido reparos en decir algo secretísimo cerca de él. O incluso en cometer un crimen. ¿Para qué seguían teniéndolo allí?

A mí me daba lástima el obispo, que sin duda tanto se había afanado al fundar la ciudad. Mostraba un gesto amargo alrededor de la boca y tenía la apariencia exacta de alguien que ha conocido la ingratitud del mundo. Le prometí, aquella noche, consultar cuidadosamente la historia a propósito de él. Pero nunca llegué a hacerlo. Pues las personas vivas tenían, incluso en esta pequeña ciudad, historias que me salían al paso, que me removían y atrapaban. Y además era primavera y no me gustan, en tal época del año, ni los obispos ni los fundadores.

Supe un par de historias ya a la mañana siguiente.

Supe que el cartero llevaba cojeando solamente algunos días y que en modo alguno era tullido de nacimiento. Bebía ocasionalmente, dos veces al año: en su cumpleaños, que era el quince de abril, y en el aniversario de la muerte de su hijo, que se había suicidado en la gran ciudad. La embriaguez era persistente y el cartero daba tumbos tres días por entre los muros de

la pequeña ciudad antes de serenarse. Durante estos tres días, la gente de esta ciudad no recibía cartas. El contacto con el mundo exterior se detenía.

Una semana antes, el quince de abril, el cartero se había caído en su embriaguez y se había torcido una pierna. De ahí venía su cojera. Pero esta no era la única historia.

En el hotel en el que yo dormía olía a naftalina, almizcle y coronas florales viejas. El gran comedor de tras la cantina era bajo. La cubierta era abovedada y las paredes lucían adoquincitos cuadrados de madera marrón con refranes. Anna, la chica, apoyaba el brazo derecho en el alféizar y vigilaba que las jarras no quedasen vacías. No quedaban vacías nunca. Pues la gente no bebía aquí demasiado vino y daba golpecitos con la tapa de la jarra si Anna no estaba atenta.

Anna tenía entonces veintisiete años y pelo rubio y peinado liso. Parecía siempre como si hubiera salido del agua hacía un instante. Así de terso y lustroso era su rostro y así de frescos y rigurosos y rubios y húmedos salían de la frente sus mechones estregados.

Tenía unas manos esbeltas y fuertes, pero tímidas, de las que siempre creí que se avergonzaba.

Anna era originaria de Bohemia y amaba al ingeniero. El ingeniero era el gerente de la fábrica en que trabajaba el padre de Anna. Anna tenía un niño del ingeniero.

El ingeniero se había casado y había dado dinero a Anna para el niño y para el viaje. Anna era, así, camarera en la pequeña ciudad. Yo entré una vez por casuali-

dad en la habitación de Anna y vi la fotografía de su niño. Era un niño bonito. Echaba mano al aire con redondos puños y se bebía el mundo con grandes ojos. Anna era callada y contaba su historia muy brevemente.

Yo no gusto de ingenieros de este tipo y amaba a Anna.

—¿Usted lo ama todavía? —preguntaba yo a Anna.

—Sí—decía ella. Lo decía igual de asertiva y secamente que cualquier dato relativo a un negocio.

En la pequeña ciudad había un cinematógrafo. El dueño era un comerciante de telas judío. Había puesto el cine porque era eficiente y emprendedor y porque le dolía no tener nada que hacer un domingo entero. De ahí que vendiera telas durante la semana y, el domingo, hiciese funcionar el cine.

Yo iba al cine con Anna.

En la pequeña ciudad había una biblioteca. El joven que tenía que atender a los visitantes y, si no había nadie, limpiar el polvo era pálido —románticamente pálido y flaco como un poeta resucitado— y tenía un fogonazo de pelambre rubio amarillo que llameaba contra la techumbre desde su cabeza. Estaba siempre subido a una escalera doble. Se paseaba con la escalera doble por detrás del mostrador. Sabía hacerlo magníficamente. Mejor que cualquier pintor de brocha gorda. Como si fuera, de hecho, con escaleras dobles como hubiera aprendido a andar. La biblioteca de préstamo tenía también buenos libros. Y yo iba con Anna a la biblioteca de préstamo.

Anna se alegraba mucho.

A veces yo sabía que Anna podía ser cariñosa. Yo amaba a las mujeres cuya bondad, como un manantial cegado, afluye siempre contra la superficie de manera invisible y estéril pero infatigable y, como no halla escapatória, impelida hacia lo hondo excava pozos ocultos y excava hasta la extenuación. Yo amaba a Anna. No podía dejar su riqueza. Ella no sabía cuánto se perdía al avanzar viviendo de espaldas: al apagar cualquier otro anhelo y llevar y proteger solamente el del pasado.

Aún no he dicho nada del parque en el que florecía el amor de esta ciudad. El codeso medraba, atolon-drado y a su aire, entre tilos y castaños. Los bancos no estaban en los paseos sino en medio de los parterres. Yo pensaba que estos bancos los había plantado en la tierra, cuando aún eran bien jóvenes, el obispo. Y que seguían creciendo cada año un poquito a lo ancho. Sus patas ciertamente ya habían echado raíces en el mullido suelo.

El domingo, después del cine, iba con Anna al parque.

Una vez vimos cómo dos se besaban y Anna se rió.

—No está bien, Anna —dije—, reírse del amor. No me gustan las personas que pueden mentir así.

Entonces Anna dejó de reírse.

Cuando llegamos a casa resultó que el dueño había estado buscando a Anna, pues había llegado un huésped. Tenía una maleta de cuero crujiente, nueva, con muchas tiritas verdes y rojas. Era de pelo negro rizado y mirada ardiente y podía, sin duda, tocar la mandolina y seducir muchachas. De haber podido echar yo

una mirada en su cartera, habría visto toda una colección de lazos abigarrados y cabellos rubios y cartas de amor rosas. Pero no llegué a hacerlo y aun así lo sabía.

Bebió cerveza en el bar. La cerveza no iba con su rostro. Hubiera debido beber vino. Se hizo servir por Anna y fue muy educado. Decía solamente floeos. Sus palabras probablemente tengan el aspecto de su firma, pensaba yo.

Esa noche advertí que mi luz fallaba. Abrí la puerta y fui adonde Anna, a la habitación. Anna estaba en camisa y lloraba. Permaneció sentada en su cama y no se asustó cuando llegué sino que lloró tranquila y sostenidamente otro rato.

Luego dijo: «Tiene justo ese aspecto».

El nuevo huésped tenía justo el aspecto del ingeniero de Anna. «Es terrible», dijo ella.

Desde entonces estuvimos amándonos y no nos lo ocultábamos el uno al otro. Anna podía ser muy cariñosa. Y celosa también. Pero yo no me cuidaba de las mujeres. Las mujeres de esta ciudad no me agradaban en absoluto.

Fue solo al ver cómo recorrían la campaña en atardeceres primaverales enmarcados en oro –una pareja tras otra– cuando me conmovieron. Ellas estaban ahí a fin de renovar el mundo. Crecían, amaban y daban a luz. En primavera empezaban su obra materna y la ultimaban a lo largo de los años. Yo veía cómo ellas, embriagadas y con apetito de embriaguez –cándidas y modosas–, se esparcían por los bosques como escarabajos sanjuaneros para cumplir el mandato de Dios.

Tarde en la noche seguían en los oscuros vestíbulos. Se pegaban a los labios y bigotes de los hombres, se regocijaban... y estaban agradecidas hasta la humildad por cada buena palabra que les echaban al regazo. Qué hermosas eran las noches en que los grillos y las chicas infatigablemente cantaban.

Y los días de lluvia también.

Las chicas estaban en las ventanas y leían libros de la biblioteca de préstamo y comían pan con mantequilla. Un paraguas oscilaba por el callejón y daba techo al grácil y flaco oficial de notaría. Parecía un saltamontes que anduviese erguido.

Las briznas de paja se contoneaban, se arremolinaban, giraban coquetas y nadaban desprevenidas hacia la perdición del sumidero. Yo ya no iba a detenerlas. Siempre pensaba que, en realidad, debería hacerlo. La lluvia, la candidez de la brizna de paja, el sumidero y yo estábamos conectados. Quizás estuviera también incluido el oficial de notaría. El día de lluvia estaba rayado de gris. La brizna de paja se ahogaba. El sumidero la engullía. El oficial de notaría rondaba por el callejón bajo el techo del paraguas. Y yo verdaderamente tenía que haber ido a rescatar a la brizna de paja. Todo en el mundo tiene su cometido.

Todos los días me levantaba muy temprano. Anna dormía aún. Y el dueño. Y el segundo huésped. Las botas de los habitantes de la casa estaban ante las puertas todavía sin lustrar: un pedazo de ayer. En el patio iba

y venía el caniche. Bostezaba y buscaba huesos olvidados bajo el coche de punto del hotel, que esperaba ante el cobertizo sin aparecer –con una lanza inútil– como un vehículo desenterrado. Jakob, el cochero, roncaba dentro del cobertizo, encelado y fuerte. Roncaba un himno a la naturaleza y la salud. Su ronquido no era en absoluto ridículo. Se oía asertivo y poderoso: un sonido de la naturaleza, un velado retumbar de trueno, un bramido de venado. Hacia las cinco se alzaba el pitido quejumbroso del molino de vapor, lejano y como traído de mundos suprasensibles, y despertaba a Jakob, el cochero. Debía de haber dormido con la ropa, pues venía, a la vez que el último y difuso sobretono de la sirena del molino, con su chaqueta a enormes cuadros, con sus pantalones y ya calzado, con la cabeza descubierta, con un rostro arrugado de pergamino. Desde su boca, dispuesta como un embudo, borboteaba agua hacia el recipiente de sus manos y se restregaba la frente y los ojos. Luego atravesaba el patio, hacia la casa, de manera pesada y fatigosa: como si debiera extraer de la tierra cada pierna igual que un árbol con raíces.

Junto a la primera curva de la calle, Käthe abría su ventana y miraba hacia abajo, a la ciudad. Yo saludaba a Käthe siempre. Aún no había hablado con ella nunca. No tenía nada en absoluto que hablar con ella. La saludaba solamente porque ella miraba desde la ventana y porque el mundo, tan pronto en la mañana, todavía no era convencional sino sencillo como en los

primeros días de su niñez, unos pocos días después de la creación, cuando aún veinte personas lo poblaban en total y las veinte eran, todas, amables y buenas entre ellas. Después, cuando volvía a casa, era mediodía ya. El mundo era todos los milenios más viejo. Y yo no saludaba ahora, porque no es correcto saludar, en un mundo tan avanzado, a una chica con la que uno no ha hablado nunca.

Por el parque chirriaba un barrigudo camión cisterna que rociaba el césped y los parterres. Un mirlo daba un salto junto al camión con ademán de chico de la calle y golpeaba, con el ala izquierda, las gotas de agua que se vaporizaban. En alguna parte arriba alborotaba, invisible, todo un internado de alondras enviado de vacaciones. En torno a los bancos que había en mitad de los parterres, la hierba estaba un poco cansada y maltrecha del amor nocturno de las personas. Y, frente a mí, el largo adjunto ferroviario avanzaba por el parque hacia su trabajo.

Yo odiaba al adjunto ferroviario. Era pecososo, increíblemente largo y recto. Yo pensaba, cada vez que lo veía, en una carta al ministro de Ferrocarriles. Quería proponer que emplearan al odioso adjunto ferroviario como poste de telégrafo en algún lugar entre dos pequeñas estaciones. Nunca me habría hecho tal merced el ministro de Ferrocarriles.

Yo no sabía por qué odiaba así al funcionario. Se había hecho extraordinariamente alto, pero lo cierto es que yo no odio por principio lo extraordinario. Me parecía que el adjunto ferroviario se había disparado

hasta tan alto apostar, y eso me provocaba. Me parecía como si, desde su juventud, no hubiera hecho otra cosa que crecer y reunir pecas. Y además tenía el pelo rojizo.

También llevaba siempre su uniforme y una gorra roja. Daba pasos lentos y pequeños, aunque con sus largas piernas hubiera podido andar muy rápido. Pero él andaba lento y crecía, crecía, crecía.

Todavía hoy sé muy poco del funcionario ferroviario. Pero ya habría podido jurar entonces que ese hombre había cometido muchas secretas infamias.

Semejante adjunto ferroviario podía, por ejemplo, llevar a una colisión a un tren en el que se hallara su enemigo personal y cargar hábilmente con la culpa al jefe de tren. Era verdaderamente peligroso viajar en ferrocarril.

Semejante adjunto ferroviario, pensaba yo, nunca será capaz de renunciar a su gorra roja por una mujer. Si ama, no cabe duda de que dejará la gorra –boca arriba– cuidadosamente sobre una silla. No olvidará doblar por la raya los pantalones, y obviamente no entenderá las ganas de estar agradecido a una fémica. También podrá coger desprevenidas a mujeres mediante una argucia. Y además será celoso.

Cada vez que lo veía, pensaba en una carta a todas las mujeres del mundo: «¡Mujeres! ¡Guardaos del adjunto ferroviario!».

A Anna tampoco le gustaba el adjunto ferroviario. Anna preguntaba: «¿Por qué lo odio?».

Yo no sabía cómo había de responder a Anna y le contaba la historia de Abel, mi amigo, y la mujer de su vida.

Abel, mi amigo, suspiraba por Nueva York.

Abel era pintor: caricaturista. Ya había hecho caricaturas cuando aún no podía sostener un lápiz. Tenía a la belleza en poca estima y amaba la contrahechura y la distorsión. No era capaz de realizar un trazo recto.

Abel tenía a las mujeres en poca estima. Los hombres aman, en una mujer, la perfección que se figuran estar viendo. Abel, sin embargo, negaba la perfección.

Él era feo, de modo que las mujeres lo apreciaban. Las mujeres suponen perfección o grandeza tras la fealdad masculina.

Una vez consiguió marchar a Nueva York. En el barco vio a una mujer hermosa por primera vez en su vida.

Cuando bajó a tierra en el puerto, perdió de vista a la mujer hermosa. Entonces volvió a Europa con el siguiente barco.

Anna no podía comprender la relación entre Abel, mi amigo, y el largo adjunto ferroviario.

—¿Por qué me hablas de Abel? —preguntó.

—Anna —dije yo—, todas las historias están relacionadas. Porque se parecen entre sí, o porque cada una representa lo contrario. Entre el largo adjunto ferroviario y mi amigo Abel hay una diferencia. Una diferencia muy banal. Abel, mi amigo, se va a pique. Pero el adjunto ferroviario va a vivir y a convertirse en jefe de

estación. Abel, mi amigo, tiene un afán. El adjunto ferroviario no va a tener nunca otro afán que el de convertirse en jefe de estación. Abel, mi amigo, salió corriendo de Nueva York porque había perdido de vista a la mujer de su vida. El adjunto ferroviario no va a salir corriendo nunca de Nueva York por una mujer.

Estaba convencido de que Anna ahora entendía la relación. Anna, sin embargo, me abrazó y me preguntó: «¿Saldrías tú corriendo de Nueva York por mí?».

Esa noche quise a Anna mucho porque supe que yo no saldría corriendo nunca de Nueva York por ella. Temía decírselo y la amaba por eso. Era cobarde y me comportaba muy virilmente. Pero Anna me entendía. Y lloraba. Ahora soy yo quien tiene el aspecto del ingeniero, pensé.

Por la mañana, Anna dormía cuando me fui. Notó que me había levantado y buscó en el vacío, aún dormida, con brazos débiles.

Llovía, así que fui al café.

El camarero llevaba un frac arrugado y una bolsa muy pesada de piel rusa en la cadera derecha. Se llamaba Ignatz y todo el mundo se dirigía a él así. No tenía ningún otro nombre. Solamente yo decía: «¡Camarero!».

Ignatz trabajaba día y noche. Dormía en el café, sobre dos sillas. Y de ahí venía el frac arrugado. Jamás soltaba la bolsa del dinero. Estaba un poco aplastado a ambos lados, como un pez. Sus brazos colgaban flo-

jos hacia abajo como aletas dorsales* vestidas. Y además tenía grandes ojos gris verdosos de pez y manos frías, húmedas. Las restregaba siempre en la bolsa de piel. A mí Ignatz no me gustaba, pues no quería ser camarero. Leía todos los periódicos y hablaba de política con los clientes. Él prefería ser político.

Pero lo cierto es que seguía siendo camarero. Y estaba descontento.

Parecía siempre como si echara la culpa de su carrera truncada a los clientes.

Cogía las propinas y daba las gracias muy tibiamente.

Una vez fui con Anna al café e Ignatz dijo: «¿Cómo está, señorita Anna?». Y se restregó la mano derecha en la bolsa de piel para saludar a Anna con una mano seca. «¿Cómo está usted, Ignatz?», preguntó Anna. Y le dio la mano.

Como Ignatz retenía la mano demasiado tiempo, dije: «¡Camarero!». Entonces Ignatz saludó y se fue.

En el café colgaba un gran calendario de pared.

Cada mañana hacia las ocho venía el director de Correos, un señor mayor con patillas blancas. El director de Correos iba muy erguido y llevaba puestos unos pantalones extralargos y espuelas en los tacones de las botas, quizás para guarecer el borde de los pantalones. Había servido, sin duda, en la artillería.

El director de Correos tenía unos ojos tan inverosímilmente azul intenso, tan buenos, que yo creía que se los había encargado hacer a un óptico expresamente

* *Sic. (N. del T.)*